

**Artículo para la Revista Silvicultura – Centre de la Propietat Forestal &
Departamento de Medio Ambiente de la Generalitat de Catalunya
(nº 43, 3er T 2004, pp. 5-6)**

Título: “Reflexión sobre los modelos de representación y comportamiento hacia el monte”

Autor: Xesús A. Lage Picos, Prof. Dr. de Sociología de la Universidad de Vigo
Facultade de Ciencias Sociais e da Comunicación, Campus A Xunqueira, s/n,
36005 Pontevedra; Teléf.: 986 801 974; Fax: 986 801 997; C.e: xalp@uvigo.es

Introducción

La sociedad española tras haber experimentado un concentrado e intenso proceso de cambio social desde finales de los años 50 hasta comienzos de los 90 del pasado siglo, converge en ciertos elementos socioculturales que están presentes en otras sociedades industriales avanzadas. El grado de desarrollo de su estructura económica y socio-ocupacional, con primacía de los servicios; su grado de desarrollo tecnológico y de las infraestructuras, tanto privadas como públicas; la consolidación del modelo político de legitimidad democrática; la evolución de los valores, símbolos culturales y formas de comportamiento que se plasman en los estilos de vida de la población, son componentes en los que se concretan esa convergencia sociocultural con esas otras sociedades postindustriales. De entre todos esos procesos y cuestiones, aquí se quiere resaltar el de los modelos de representación y comportamiento respecto a la naturaleza y a una parte relevante vinculada con ella, los bosques.

La transformación de nuestros entornos cotidianos, unido a factores relacionados con los cambios en los estilos de vida e identidades, o el grado de conocimiento y reflexividad de la población española respecto a cómo se vincula y concreta todo lo anteriormente enumerado, con los diferentes niveles de la realidad (a la que accedemos a través de nuestra propia experiencia, o a través de la mirada de los otros, entre la que los medios de comunicación de masas juegan un papel destacado), depara una atención en alza hacia los espacios y paisajes que mejor responden a lo que entendemos y demandamos como naturaleza.

La sociedad española comparte en diversos grados de intensidad una ideología ambiental que lleva a que lo verde, más allá de ser una “moda”, como pregona el marketing publicitario, sea uno de los principios morales y referentes de comportamiento de una sociedad que profundiza en la secularización, y que parece

guiarse más por los referentes del consumo que por los de la ética del trabajo y el ahorro.

Sin embargo, aunque hayamos aguzado nuestra capacidad para percibir y representar los entornos ambientales que parecen mostrar más y mejores cualidades ambientales, nuestra capacidad para gestionar físicamente esos entornos no parece que esté desarrollada en igual medida. Ello se relaciona con ciertas carencias en conocimientos y hábitos de comportamiento en relación con esos entornos vistos actualmente como “naturales”, que dilatan en el tiempo aprender a dar respuestas acordes con las necesidades de gestión de esos espacios deseados y demandados.

Introspección histórica

Para entender el por qué de esa dificultad reparemos en dos cuestiones que nos obligan a volver la atención hacia el pasado. La primera se vincula con la jerarquía de las necesidades sociales relacionadas con el territorio, y la segunda con el conocimiento social disponible para responder a esas necesidades.

Los montes, los bosques, o cualquier otro tipo de espacio que actualmente forma parte de nuestro interior civilizatorio, ha sido producto de largos procesos de adaptación socioculturales que han ido dejando sus huellas en el paisaje. Estamos tan imbuidos en los espacios producto de la modernización que perdemos frecuentemente la perspectiva de que con anterioridad, y durante milenios, la historia social estuvo marcada por el lento devenir de sociedades agrarias. En este tipo de sociedades las necesidades de subsistencia -de alimentar y proporcionar seguridad personal-, eran lo prioritario. Así lo reflejaban los valores asociados con los bosques y los montes, empleados para abastecerse de toda una serie de productos (maderas, piedras, pastos, frutos silvestres, piezas de la caza, pesca fluvial, leña...) con los que cubrir las necesidades cotidianas, valores vinculados con símbolos e ideales sobrenaturales y sacralizados que otorgaban sentido a todo lo que rodeaba la existencia.

Cuando en las sociedades del occidente europeo se conseguía superar la preocupación por la subsistencia, y se encontraban desarrolladas las relaciones mercantiles que delimitan la propiedad de los bienes y el intercambio de productos y servicios, las preocupaciones sociales se concentraron en mejorar la organización productiva, una inquietud característica de las sociedades industriales. En éstas las necesidades se encuentran en optimizar la transformación de las materias primas para convertirlas en mercancías. Los recursos naturales y los bosques debían abastecer los

procesos productivos, siendo intensivamente transformados a raíz de su explotación y conversión en espacios productivos. La ideología de la modernización, inspirada en el poder de la razón y la idea del progreso, desplazó a las imágenes sobrenaturales, abriendo una brecha entre lo social y lo natural que en muchos casos ha llegado hasta nuestros días.

Sin embargo, tras la II Guerra mundial, y más específicamente, desde la eclosión de la sociedad de consumo, y la crisis del petróleo de los años setenta, la sociedad industrial ha sufrido profundas transformaciones. Una sociedad donde la producción y el consumo de bienes y servicios se encuentra ampliamente desarrollados, descubre una indisoluble vinculación con las relaciones sociales, ya que es en éste campo de donde emanan fundamentalmente los objetivos de producción de las nuevas necesidades que ya no son prioritariamente materiales. La economía de bienes y servicios, progresivamente vaciada de los valores de uso o de intercambio mercantil, se transforma en una economía de signos (Lash & Urry, 1996).

Aunque hablar de una economía de signos y del valor de lo virtual pueda resultarnos un tanto abstracto e intangible, baste con que pensemos en el funcionamiento de las bolsas de valores para que podamos entenderlo. ¡Qué otra cosa es lo que cotiza en bolsa, más que valores simbólicos sobre bienes o mercados de futuro, virtuales e intangibles!.

La crisis energética y el despertar de la conciencia hacia los límites del crecimiento, que transcurre en paralelo a la transformación de los sistemas productivos y de consumo, ha provocado un profundo cuestionamiento de la ideología del progreso. La separación *moderna* entre sociedad y naturaleza resulta insostenible. Tras haber sometido y transformado hasta los lugares más recónditos la naturaleza, lo que antes considerábamos como externo a lo social, ha pasado a formar parte de nuestro interior civilizatorio, “*ha pasado de ser un fenómeno dado a ser un fenómeno producido*” (Beck, 1998: 13).

Es en este contexto donde los bosques como elementos de espacios que permiten recomponer la imagen de lo natural en mejores condiciones que otros espacios más intensivos, se convierten en referente de una cultura de valores postmateriales, como la calidad de vida, la defensa de la identidad de pertenencia, la autoestima, la autorrealización...

Ciertamente, aunque el mundo de los valores y los símbolos culturales se prodiguen en un crisol de propuestas que cambian con mucha más rapidez que en épocas pasadas, los procesos de cambio cultural no son ni inmediatos ni irreversibles, como advierte Ronald Inglehart (1991), un sociólogo que se ha dedicado al estudio del cambio de valores en las sociedades industriales avanzadas en las últimas décadas. Esto resulta peculiarmente relevante al reparar en la coexistencia de los valores que sostienen las distintas generaciones de ciudadan@s en España, pero también para entender que el conocimiento, y las formas de organización social empleados para gestionar los espacios de monte parecen ir más lentos que el mundo de los deseos.

Históricamente en España los referentes de la sociedad agraria tradicional y de sus modos de gestión del territorio son relativamente recientes, dado el atraso con que España se incorporó a los procesos de industrialización y concentración urbana. Sin embargo, en pocas décadas, los cambios que deparó la modernización sobre la sociedad y el territorio abocaron a un irreversible abandono de muchas superficies que con anterioridad habían formado parte de las estrategias de sostenimiento de las explotaciones agrarias. Se dejaron de realizar muchos de los usos y aprovechamientos tradicionales de la mano del éxodo rural, y de la lenta pero irreversible modernización de las estructuras agrarias. El monte, una parte sustancial del territorio hispano, sobre el que la Administración Forestal bajo la dictadura franquista se arrogó amplios poderes colaboró a impulsar la sustitución de los usos de muchas de esas superficies, dando origen a muchos nuevos bosques.

Sin embargo, salvo ejemplares excepciones -donde los propietarios, particulares, comuneros, o municipales, supieron y pudieron mantener, con o sin la ayuda de la Administración Forestal, la gestión de sus superficies arboladas-, en la inmensa mayoría del territorio hispano, la gestión silvícola, al margen del voluntarismo de algunos funcionarios de la Administración, o de los profesionales que trabajaban para las empresas de la madera, brilló por su ausencia.

Los agricultores y ganaderos españoles han poseído históricamente poco o ningún conocimiento silvícola. Los conocimientos silvícolas tradicionales estaban muy centrados en algunas especies, como los castaños, las encinas, los alcornoques..., conocimientos que en muchos casos se han ido perdiendo por la modernización y especialización agrícola-ganadera, y la crisis en la sustitución de los trabajadores agrarios. Los profesionales forestales han contribuido bien poco a la divulgación de sus

conocimientos. De las ejemplares campañas del “día del árbol” que se prodigaron a comienzos del siglo XX en muchas provincias españolas, poco o nada quedó durante décadas.

El vacío de conocimientos, la concentración de los esfuerzos selvícolas en la repoblación, el despoblamiento rural, y la modernización agraria, son todos ellos factores que contribuyeron a que el abandono de las prácticas tradicionales de la gestión y el uso de los montes abocasen a una inmensa crisis de las superficies forestales. Aunque las superficies forestales arboladas no hayan dejado de crecer de la mano de la regeneración natural, o de la actividad repobladora, la gestión y mantenimiento de los nuevos bosques es fuertemente deficitaria en tratamientos de las superficies arboladas.

Mirando hacia el futuro

Desde comienzos de la última década del siglo pasado políticamente se comenzaron a asentar nuevas medidas dirigidas a planificar el desarrollo de las superficies forestales en las diversas autonomías y regiones del territorio hispano, en consonancia con la configuración de un nuevo Estado democrático y descentralizado. Al mismo tiempo, la redefinición de la política europea dirigida a los espacios rurales, la reconversión de la Política Agraria Comunitaria (con las conocidas medidas a la repoblación de tierras agrarias marginales), la progresiva ampliación de la Unión Europea a nuevos países con un gran potencial forestal, o en el marco de las Naciones Unidas, la Conferencia de Río sobre Medio Ambiente, donde se llegó a una definición consensuada de los principios de la gestión sostenible de los bosques, han colaborado a perfilar un nuevo escenario aparentemente favorable para los bosques.

Sin embargo en España hablar de bosques y desarrollo del sector forestal sigue siendo objeto de polémicas, alentadas lamentablemente entre otros elementos, por el endémico problema de los incendios forestales que descubren la persistente carencia de gestión en el mantenimiento de los montes.

Reconociendo que el conflicto forma parte de la vida social, y que en temas de definición de objetivos de producción de superficies, la deseada compatibilidad entre usos ambientales, sociales y económicos resulta hartamente compleja y polémica, lo cierto es que el desencuentro preside permanentemente todo lo relacionado con el monte, los bosques y el sector forestal en España.

Es en este contexto donde cobra sentido el desarrollo de una nueva cultura forestal, un conjunto de representaciones que permita interpretar y orientar nuestros comportamientos con respecto al monte, los bosques y el sector forestal. Representaciones que más allá del conocimiento profesional especializado que supone la silvicultura, integren la divulgación del conocimiento sobre los ecosistemas forestales, con la imagen del conjunto de los actores implicados en su gestión y aprovechamiento, y posibiliten la acción corporada de esos agentes en relación con los bosques (Pérez Vilariño, 1998). La cultura forestal por la que abogo estaría conformada por un subconjunto significativo de saberes, valores y prácticas, específicamente relacionados con los bosques y el sector forestal que pasen a formar parte de nuestra cultura, junto a otras subculturas legitimadas e institucionalizadas en la sociedad española como las representaciones en los campos de la salud, el consumo, el tráfico, la seguridad...

La falta de rigor en los conocimientos sobre especies, modos de gestión, aprovechamientos, o producciones, termina por ser sustituida por posicionamientos valorativos que distorsionan de forma maniquea la realidad, dificultando la negociación sobre los objetivos y modos de gestión de los bosques.

Arrastramos carencias en nuestra cultura política que bloquean la comunicación, y la participación social de los agentes sociales relacionados con los montes. Propiedad, administraciones públicas, profesionales, industrias, ecologistas, población rural, o consumidores y usuarios, hemos de aprender a responder de manera organizada y consensuada al problema estructural de fondo: articular el vacío en la gestión dejado por el abandono del sistema agrario tradicional. Y para ello, aunque no existen formulas magistrales, la divulgación del conocimiento y la participación social en la delimitación de prioridades o en la gestión de los montes, resultan bajo mi punto de vista los mejores instrumentos con los que intentar implicar a la sociedad en la relación sostenible con los bosques.

Referencias bibliográficas

BECK, U. 1998: *La sociedad del riesgo*. Paidós Básica, Barcelona.

BELL, D. 1991: *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Alianza Universidad. Madrid.

- CASTELLS, M. 1999: *La Sociedad Red. La Era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura*. Alianza Editorial. Madrid. 3 vol.
- GONZÁLEZ, M & CAMARERO, L. 1999: Reflexiones sobre el desarrollo rural: las tramoyas de la postmodernidad. En *Política y Sociedad*, 31: 57-70.
- HALFACREE, K.H. 1997: Contrasting roles for the post-productivist countryside. En P. Cloke & J. Little (Ed): *Contested Countryside Cultures. Otherness, marginalisation and rurality*. Routledge. London.
- INGLEHART, R. 1991: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Centro de Investigaciones Sociológicas & Siglo XXI. Madrid.
- LAGE, X. 2003: *Bosques, sociedad y cultura forestal en Galicia*, Vigo, Servicio de Publicacións da Universidade de Vigo.
- LASH, S.; URRY, J: 1996. *Economies of signes & space*. Sage. Londres.
- McNAGHTEN, P. & URRY, J. 1998: *Contested Natures*. SAGE & Nottingham Trend Univ. London.
- MORMONT, M. 1987: Rural nature and urban natures. *Sociologia Ruralis*, 27, vol. XXVII-1: 3-20.
- TOURAINÉ, A. 1982: *El postsocialismo*. Planeta. Barcelona.
- PÉREZ VILARIÑO, J. 1998: Construcción social del monte y desarrollo corporativo del sector forestal. *Agricultura y Sociedad*, 85: 15-42.